

moria, donde yo la escribí, le halle en mi poder a cabo de dos horas de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

—Así fuera—respondió Sancho—si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije a un sacristán, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomuniación, no había visto ni leído tan linda carta como aquélla.

—Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho?—dijo Don Quijote.

—No señor—respondió Sancho—, porque después que la dije, como ví que no había de ser de más provecho, dí en olvidalla; y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*; y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.

CAPÍTULO XXXI

*De los sabrosos razonamientos
que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su
escudero, con otros sucesos.*

—Todo eso no me descontenta: prosigue adelante—dijo Don Quijote—. Llegaste: y ¿qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

—No la hallé—respondió Sancho—sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta—dijo Don Quijote—que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos; y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal o trechel?

—No era sino rubión—respondió Sancho.

—Pues yo te aseguro—dijo Don Quijote—que, aechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿Púsoela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta? O ¿qué hizo?

—Cuando yo se la iba a dar—respondió Sancho—, ella estaba en la

fuga del meneo de una buena porción de trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal; que no la puedo leer hasta que acabe de cribar todo lo que aquí está.»

—¡Discreta señora!—dijo Don Quijote—Eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú, ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.

—Ella no me preguntó nada—dijo Sancho—; mas yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba, haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles y sin peinarse la barba, llorando, y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal—dijo Don Quijote—; porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es—respondió Sancho—, que a buena fe que me lleva a mí más de un coto.

—Pues ¿cómo, Sancho?—dijo Don Quijote—¿Haste medido tú con ella?

—Medime en esta manera—respondió Sancho—; que llegando a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

—Pues, ¡es verdad—replicó Don Quijote—que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil y mil dones y gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que no acierto a dalle nombre? Digo, un tuho o tufo, como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero.

—Lo que sé decir—dijo Sancho—es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

—No sería eso—respondió Don Quijote—, sino que tú debías de estar romadizo, o te debiste de oler a ti mismo; porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

—Todo puede ser—respondió Sancho—; que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse; que un diablo parece a otro.

—Y bien—prosiguió Don Quijote—: he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino; ¿qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta—dijo Sancho—no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos; y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente, me dijo que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese, luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced el *Caballero de la Triste Figura*; preguntéle si había ido allá el vizeaño de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien.

—Todo va bien hasta agora—dijo Don Quijote—; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirse, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre, entre los caballeros y damas andantes, dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias y en agradecimiento de su recado.

—Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debía de ser en los tiempos pasados; que ahora sólo se debe de acostumbrar el dar un pedazo de pan y queso; que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí, y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo—dijo Don Quijote—; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de dos días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante), digo que este tal te debió de ayudar a caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio destos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo o en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció, y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos a otros, como se socorren a cada paso; que acaee

estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago, o con algún fiero vestiglo, o con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está ya a punto de muerte; y cuando menos me cato, asoma por acullá, encima de una nube o sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte; y a la noche se halla en su posada, cenando muy a su sabor; y suele haber de la una a la otra parte dos o tres mil leguas; y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros; así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Así sería—dijo Sancho—, porque a buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los ojos.

—Y ¿cómo si llevaba azogue!—dijo Don Quijote—y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se le antoja. Pero, dejando esto aparte, ¿qué te parece a ti que debo yo de hacer ahora, acerca de lo que mi señora me manda, que la vaya a ver? Que, aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido a la Princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballería a cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver a mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante; y en llegando, le cortaré la cabeza, y pondré a la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta a ver a la luz que mis sentidos alumbra, a la cual daré tales disculpas, que ella venga a tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redundará en aumento de su gloria y fama; pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, todo me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo.

—¡Ay!—dijo Sancho—Y ¿cómo está vuestra merced lastimado de esos cascós! Pues dígame, señor: ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino! Que a buena verdad que he oído decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos. Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo

y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas; y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde; que más vale pájaro en mano que buitre volando; porque quien bien tiene y mal escoge, por mal que le enoje no se venga.

—Mira, Sancho—respondió Don Quijote—; si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente; porque yo sacaré de adahala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere; y en dándomela, ¿a quién quieres tú que la dé, sino a ti?

—Eso está claro—respondió Sancho—; pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que yo me he dicho, y vuestra merced no se cure de ir por agora a ver a mi señora Dulcinea, sino váyase a matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios, que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.

En esto les dió voces Maese Nicolás, que esperasen un poco; que querían detenerse a comer en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temía no le cogiese su amo a palabras; porque, puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja a los que dejaba. Apeáronse junto a la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían.

Estando en esto acertó a pasar por allí un muchacho, que iba de camino; el cual, poniéndose a mirar con mucha atención a los que en la fuente estaban, de allí a poco arremetió a Don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó a llorar muy de propósito, diciendo:

—¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien; que yo soy aquel mozo, Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.

Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió a los que allí estaban, y dijo:

—Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en

él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces lastimosas, como de persona afligida y menesterosa; acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado a una encina a este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado a la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábele abriendo a azotes con las riendas de una yegua un villano, que después supe que era amo suyo; y así como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento; respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple; a lo cual este niño dijo: «Señor, no me azota sino porque le pido mi salario.» El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas. En resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé, y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde; no te turbes, ni dudes en nada; di lo que pasó a estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad—respondió el muchacho—; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés!—replicó Don Quijote—¿Luego no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó—respondió el muchacho—, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió a atar a la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y a cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, a no sentir yo tanto dolor, moriera de lo que decía. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo: de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa; porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamanban ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera; y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se

vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo—dijo Don Quijote—en irme yo de allí; que no me había de ir hasta dejarte pagado; porque bien debía yo de saber por luegas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir a buscarle, y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de una ballena.

—Así es la verdad—dijo Andrés—; pero no aproveché nada.

—Ahora verás si aprovecha—dijo Don Quijote

Y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó a Sancho que enfrenase a Rocinante, que estaba paciando en tanto que ellos comían.

Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer quería.

El le respondió que quería ir a buscar al villano, y castigalle de tal mal término, y hacer pagado a Andrés hasta el último maravedí, a despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo.

A lo que ella respondió que advirtiese que no podía conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino.

—Así es verdad—respondió Don Quijote—y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís; que yo le torno a jurar y a prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado.

—No me creo desos juramentos—dijo Andrés—; más quisiera tener agora con qué llegar a Sevilla, que todas las venganzas del mundo; déme si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo.

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándole el mozo, le dijo:

—Tomá, hermano Andrés; que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza a vos?—preguntó Andrés.

—Esta parte de queso y pan que os doy—respondió Sancho—; que Dios sabe si me ha de hacer falta o no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso; y viendo que nadie le daba otra cosa,

abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo a Don Quijote:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Ibase a levantar Don Quijote para castigalle; mas él se puso a correr de modo, que ninguno se atrevió a seguille. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reírse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII

*Que trata de lo que sucedió en la venta
a toda la cuadrilla de Don Quijote.*

Acabóse la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día a la venta. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir a Don Quijote y a Sancho, les salieron a recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y pausa, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; a lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipe. Don Quijote dijo que sí haría; y así, le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de sueño.

Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencias les aderezó una razonable comida; y a todo esto dormía Don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haría por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, y su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de Don Quijote y del modo que le habían hallado; la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido; y como el Cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso; que en verdad que, a lo que yo entiendo, no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo ahí dos o tres dellos con

otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos; porque, cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días.

—Ahora bien—dijo el Cura—, traedme, señor huésped, aqueles libros; que los quiero ver.

—Que me place—respondió él.

Y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y abriéndola el Cura, halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era *Don Cirongilio de Tracia*, y el otro *Don Felixmarte de Hircania* y el otro la *Historia del gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la Vida de Diego García de Paredes*.

—Hermano mío—dijo el Cura—, estos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual, por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y dél solo merecido; y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él asimismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro, libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes.

—¡Tomaos con mi padre!—dijo a lo dicho el ventero—¡Mirad de qué se espanta! ¡De detener una rueda de molino! Por Dios, ahora habla vuestra merced de leer lo que hizo Félixmarte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura; como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde iban más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos como si fueran manadas de ovejas. Pues ¿qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia? Que fué tan valiente y animoso como se verá

en el libro, donde se cuenta que navegando por un río, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él, así como la vió, se arrojó sobre ella y se puso a horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir a lo hondo del río, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas, que no hay más que oír. Calle, señor; que si oyese esto, se volvería loco de placer: dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego García que dice.

Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:

—Poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quijote.

—Así me parece a mí—respondió Cardenio—; porque según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben; y no le harán creer otra cosa frailes descalzos.

—Mirad, hermano—tornó a decir el Cura—, que no hubo en el mundo Félixmarte de Hircania ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan; porque todo es composición y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

—A otro perro con ese hueso—respondió el ventero—. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla; porque, por Dios, que no soy nada bobo. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos, que quitan el juicio!

—Ya os he dicho, amigo—replicó el Cura—, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos, para entretener a algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, como es natural, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno destes libros; y si me fuera lícito agora, y el auditorio

lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entretanto roed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avendí con sus verdades o mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeáis del pie que cojea vuestro huésped, Don Quijote!

—Eso no—respondió el ventero—; que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

There's BLOODY
CAPÍTULO XXXV

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto.

En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decía a voces:

—Tente, ladrón, malandrín, follón; que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra.

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes.

Y dijo Sancho:

—No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o ayudar a mi amo... Aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida; que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten—dijo a esta sazón el ventero—si Don Quijote o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a Don Quijote en el más extraño traje del mundo.

Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida, que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía

revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quijote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo, y se lo echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió uán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo; y como no la hallaba, dijo:

—Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos?—dijo el ventero—¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto en que nada este aposento? Que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó!

—No sé nada—respondió Sancho—; sólo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros. Tenía el Cura de las manos de Don Quijote, el cual, cre-

yendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo:

—Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quitto de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

—¿No lo dije yo?—dijo, oyendo esto, Sancho—Sí, que no estaba yo borracho. Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante. Ciertos son los toros, mi condado está de molde.

¿Quién no había de reír con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reían, sino el ventero, que se daba a Satanás; pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que, con no poco trabajo, dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio. Dejéronle dormir, y salieron al portal de la venta a consolar a Sancho Panza, de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros.

Y la ventera decía en voz y en grito:

—En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante (que nunca mis ojos le hubieran visto), que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero (que mala aventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo), y que por esto no estaba obligado a pagar nada; que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora, por su respeto, vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino! Que derramada vea yo su sangre. Pues no se piense, que ¡por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro!, o no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy.

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacían. Dorotea consoló a Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido

verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometía, en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolose con esto Sancho, y aseguró a la Princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante, y que, por más señas, tenía una barba que le llegaba a la cintura, y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por vía de encantamento, como él lo había probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que así lo creía y que no tuviese pena; que todo se haría bien y sucedería a pedir de boca.

CAPÍTULO XXXVI

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero, que estaba a la puerta de la venta, dijo: —Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, *gaudeamus* tenemos.

—¿Qué gente es?—dijo Cardenio.

—Cuatro hombres—respondió el ventero—vienen a caballo a la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer, vestida de blanco, en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de a pie.

—¿Vienen muy cerca?—preguntó el Cura.

—Tan cerca—respondió el ventero—, que ya llegan.

Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote; y casi no habían tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero había dicho; y apeándose los cuatro de a caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron a apearse a la mujer que en el sillón venía; y tomándola uno dellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba a la entrada del aposento donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habían quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; sólo que, al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos, como persona enferma y desmayada: los mozos de a pie llevaron los caballos a la caballeriza.

Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y a uno dellos le preguntó lo que deseaba, el cual le respondió:

—Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea ésta; sólo sé que

muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó a tomar en sus brazos a aquella señora que habéis visto; y esto dígoles porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda.

—Y la señora, ¿quién es?—preguntó el Cura.

—Tampoco sabré decir eso—respondió el mozo—, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar si la he oído muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que os he dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos días que los acompañamos; porque, habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose a pagárnoslo muy bien.

—Y ¿habéis oído nombrar a alguno dellos?—preguntó el Cura.

—No por cierto—respondió el mozo—; porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla; porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven a lástima.

Dorotea, como había oído suspirar a la embozada, movida de natural compasión, se llegó a ella y le dijo:

—¿Qué mal sentís, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle; que de mi parte, os ofrezco una buena voluntad de servirlos.

A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio; hasta que llegó el caballero embozado que dijo el mozo que los demás obedecían, y dijo a Dorotea:

—No os canséis, señora, en ofrecer nada a esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace; ni procuréis que os responda, si no queréis oír alguna mentira de su boca.

—Jamás la dije—dijo a esta sazón la que hasta allí había estado callando—; antes, por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura; y desto vos mismo quiero que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace a vos ser falso y mentiroso.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado a mis oídos?

Volvió la cabeza a estos gritos aquella señora, toda sobresaltada; y

no viendo quien los daba, se levantó en pie y fuése a entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo, sin dejarla mover un paso. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas; y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alzarse el embozo, que se le caía, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenía era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando, arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tritísimo ay, se dejó caer de espaldas, desmayada. Acudió luego el Cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro; y así como la descubrió, la conoció don Fernando, y quedó como muerto en verla, pero no tanto, que dejase, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en sus gritos a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era Luscinda, salió del aposento despavorido; y lo primero que vió fué a don Fernando. También don Fernando conoció luego a Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido.

Callaban todos y mirábanse todos: Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio.

En tanto, Cardenio no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de (si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio) procurar defenderse y ofender como mejor pudiese a todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero a esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el Cura y el Barbero, que a todo habían estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza; y todos rodeaban a don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas; que considerase que no acaso, como parecía, sino con particular providencia del cielo, se habían todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y vería que pocas o ninguna se le podían igualar, cuanto más hacerle ventaja; que juntase a su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenía; y sobre todo, advirtiese que, si se preciaba de caballero y de cristiano, no podía hacer otra cosa que cumplirlle la palabra dada; y que, cumpliéndosela, cumpliría con Dios y satisfacería a las gentes discretas.

En efecto, a estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad, que él no pudiera negar aunque

quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le había propuesto, fué abajarse y abrazar a Dorotea, diciéndole:

—Levantaos, señora mía; que no es justo que esté arrodillada a mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que, viendo yo en vos la fe con que me amáis, os sepa estimar en lo que merecéis.

Preguntó luego a Dorotea le dijese cómo había venido a aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes había contado a Cardenio; de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras.

CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían e iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo a sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida, y haberle sacado de aquel intricado laberinto; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura, como discreto, y a cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habían hecho de pagalle todos los daños y reverses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido.

Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así, con malencónico semblante entró a su amo, el cual acababa de despertar, a quien dijo:

—Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar a ningún gigante ni de volver a la Princesa su reino; que ya todo está hecho y concluído.

—Eso creo yo bien—respondió Don Quijote—; porque he tenido con

el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida; y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor—respondió Sancho—; porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre.

—Y ¿qué es lo que dices, loco?—replicó Don Quijote—; Estás en tu seso?

—Levántese vuestra merced—dijo Sancho—y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá a la Reina convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaría de nada deso—replicó Don Quijote—; porque, si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mesmo.

—Todo lo creyera yo—respondió Sancho—si también mi manteamiento fuera cosa dese jaез; mas no lo fué, sino que real y verdaderamente ví yo que el ventero, que aquí está hoy día, tenía del un cabo de la manta y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino molimiento y mucha mala ventura.

—Ahora bien, Dios lo remediará—dijo Don Quijote—; dame de vestir, y déjame salir allá fuera; que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices.

Dióle de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestía, contó el Cura a don Fernando, y a los demás que allí estaban, las locuras de Don Quijote, y del artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles (lo que a todos parecía) ser el más extraño género de locura que podía caber en pensamiento jisperatado. Dijo más el Cura: que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar a su tierra.

Ofreció Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría suficientemente la persona de Dorotea.